

Las vueltas del sujeto

ANDRÉS GOLDBERG



Reseña de Rambeau, Frédéric, *Les secondes vies du sujet*, Paris, Hermann Éditeurs, 2016, 308 pp.

Recibida el 12 de febrero de 2017 –
Aceptada el 15 de abril de 2017

El primer libro de Frédéric Rambeau, doctor en filosofía y *maître de conférences* de la Universidad de Paris 8, se enfrenta de lleno al problema de la subjetivación, quizás una de las problemáticas que con más urgencia se presentan en el horizonte de la filosofía contemporánea. La cuestión aparece formulada bajo la tonalidad de la paradoja, que aporta una verdadera dimensión problemática dentro del marco filosófico-político en Francia posterior a mayo del '68. En dicho contexto, marcado por la "muerte del Hombre" y por la destitución radical de todas las propiedades fundamentales de la conciencia reflexiva, el autor interroga las posibilidades de nuevas formas de subjetividad que pueden advenir, enfrentándose a la paradoja de que los lugares donde estos nuevos sujetos insisten son los mismos en los que se disuelven o fugan, antes de que opere cualquier esfuerzo de conceptualización.

Deleuze, Foucault y Lacan constituyen el gran aparato conceptual dentro del cual Rambeau investiga las posibilidades de esta paradoja en *Las segundas vidas del sujeto*. Este discurso positivo sobre el sujeto está acompañado por una revalorización profunda de todo aquello que se encontraba desechado en la banalidad de la apariencia, las palabras, los discursos, la imaginación, el deseo. Todo aquello que fue dejado de lado en el afán de constituir un sujeto de la ciencia, vuelve con la fuerza de lo reprimido y abre el pensamiento de la subjetividad a una crítica radical de sus formas consensuadas. Sin embargo, el trabajo se mantiene en una línea conceptual que se limita a reflexionar sobre los tres autores señalados, a pesar de la urgencia del tema y las posibilidades de pensar dichos modos de subjetivación a partir de casos concretos en la actualidad.

Ontología de yoes disueltos y subjetividades larvarias, psicoanálisis de pasiones

del objeto, problematizaciones radicales o revolucionarias del sujeto político, ética de la relación con uno mismo, teoría de la subjetivación sexual, constituyen el material dispar en el que el autor se introduce para estudiar la problemática de pensar un sujeto descentrado de la conciencia con el valor paradójico sobre el cual insistiremos. El libro no trabaja en la similitudes de conceptos, sino en su fricción para pensar los procesos de subjetivación.

Es destacable en este sentido que el *non-rapport* no es solamente postulado como principio unificador de las filosofías en cuestión, sino que funciona efectivamente en el libro como concepto que opera y da forma al agenciamiento entre las distintas ideas que van apareciendo a cada momento. Por este motivo, el autor las denomina "bloques conceptuales", con el fin de darles una autonomía que permita una movilidad o contingencia a los vínculos que irán apareciendo. Si bien puede sorprender el enorme flujo de ideas que Rambeau maneja dentro de un libro no demasiado extenso, no por ello se pierde en la generalidad, sino que trata de provocar nuevos puntos de contacto entre conceptos que el autor trabaja de manera rigurosa. Esta labor se realiza siempre muy cerca de los textos, donde Rambeau hace un fino trabajo exegético en el abordaje de cada bloque.

La subjetivación está pensada en función de tres operaciones que efectúa en distintos campos del ser y que nombran cada capítulo del libro. "Disolución", "Radicalización" y "Bifurcación". La primera desarrolla una subjetivación en el plano de la ontología, la segunda en el de la política y finalmente la tercera en el de la ética. Seguiremos esta misma división en tres partes para ordenar nuestro análisis y al mismo tiempo para problematizar la relación entre los capítulos presentados con una aparente

independencia pero que a su vez permite operar un interesante juego de vínculos entre los respectivos dominios del ser.

En primera instancia, la "Disolución" se refiere al efecto de la subjetividad en el campo del ser. Esta disolución de la conciencia en el objeto implica que este último se presenta como sujeto de su propia enunciación pensante. El punto de vista se inscribe en la cosa, fracturándola en dos, transgrediendo la prohibición kantiana y abriendo la pregunta sobre el signo (p. 42). Sin embargo, estos signos no son únicamente propios de una función lingüística, como suele entenderse, sino que se presentan igualmente en el espacio, dentro del campo de lo visible, el cual habitualmente es dejado de lado en el estudio de la subjetivación, que privilegia la función del sentido interno. El desplazamiento de la pregunta ontológica al campo visual resulta un punto muy fecundo, no sólo en términos ontológicos o de historia de la filosofía, sino que además sirve para vincular el estudio del ser dentro del campo artístico siguiendo lo que puede entenderse como una filosofía deleuziana del arte. Aunque en el libro esta pista no es sugerida, en él se encuentra un fino trabajo conceptual sobre el signo, la anamorfosis y el proceso de descentramiento, sumamente provechoso para tales fines.

La disolución de la conciencia fisura la cosa, instaurando una cesura inmanente en ella que la transforma en signo. Esta disolución nos lleva, por un lado, al estudio del yo disuelto y de las subjetividades larvarias en *Diferencia y repetición* y, por el otro, a un momento épico del debate filosófico francés de los años '60: la discusión a propósito de las *Meninas* de Velázquez entre Foucault y Lacan.

En cuanto a la cuestión del yo disuelto en Deleuze, Rambeau entiende la subjetiva-

ción ontológica como el trabajo emprendido por Deleuze sobre la individuación modal o intensiva, la cual desplaza el cogito por formas de subjetividad larvaria. Este momento es presentado como un punto decisivo que compromete en lo más íntimo toda la apuesta ontológica de *Diferencia y repetición*: “La ontología de los yoes disueltos y de las subjetividades larvarias no es (en todo caso, no solamente) un pastiche de las funciones soberanas y genéticas de la forma clásica del Sujeto, sino la manera en que Deleuze plantea de forma original la pregunta por el modo de existencia de la Idea” (p. 24).

La individuación es la pieza fundamental del sistema dialéctico-estético que articula, por un lado, la determinación virtual de la idea problemática y, por el otro, su proceso de actualización, concebido como drama. Es lo que Deleuze llama *la génesis de la experiencia real*, que abre a pensar un campo pasional y cruel, caracterizado por dinámismos intensivos y movimientos aberrantes que exceden la esfera de la representación. Es el efecto de la disolución del sujeto y su reformulación en subjetividades larvarias.

Para dar cuenta del modo de subjetivación de las cosas a través de la inserción del punto de vista, Rambeau nos lleva al corazón de la ontología deleuziana, es decir, al pensamiento de la intensidad. Aquí recorre, de la mano del libro de Juliette Simont *Les fleurs noires de la logique philosophique* (p. 33), la lectura extrema que Deleuze realiza de “Las anticipaciones de la percepción” en la *Critica de la razón pura* y de la *Dioptria* de Descartes. En ambos casos, la dimensión visible de la intensidad conduce a pensar la teoría del signo. Este punto es desarrollado con excelente precisión y puede aportar fuentes claves para todo lector interesado tanto en el fascinante problema de la intensidad en Deleuze, entendido des-

de el campo de lo visible, como en el concepto del *spatium* intensivo deleuziano.

En la presentación del cruce entre Foucault y Lacan, Rambeau acerca a este último a la noción de punto de vista inmanente a las cosas que viene desarrollando desde la filosofía deleuziana de los signos. Mientras que Foucault se limitaría a una presentación de *Las meninas* como un modelo de la “representación de la representación” que no lograría romper con la adecuación de la edad clásica, Lacan hace un giro adicional mostrando que en realidad Velázquez emplea ya una subversión de este mismo modelo. El psicoanalista expone un proceso de inclusión del punto de vista del sujeto en el objeto (la disolución ontológica del sujeto): “Es lo que Lacan pone en el centro de su análisis y que le permite describir las *Meninas* como una representación, no de la representación, sino de la función del objeto *a*” (p. 62). Este momento es además apuntalado por una fina lectura del estudio del fenómeno de la anamorfosis, al que Lacan se dedicó en su seminario de ese mismo año.

Lo que entra en juego en esta contraposición de interpretaciones es un desplazamiento decisivo de la posición del sujeto. Una potencia subversiva del sujeto es manifestada por el análisis lacaniano que Rambeau expone en toda su dimensión conceptual. Las *Meninas* muestran lo que podría ser el ideal de la realización del sujeto para el psicoanálisis, es decir, la función del fantasma: poder ver al mismo tiempo la representación y el representante de la representación, lo que es visto y lo que se muestra.

Así, la elaboración psicoanalítica de la noción de sujeto se encuentra con el cuestionamiento filosófico de la ontología pre-

viamente estudiado en Deleuze a partir de su relación con lo visible, donde todo objeto es signo. La *fonction tableau* expone la cesura inmanente a la apariencia, la *squize* que provoca la separación del objeto consigo mismo en el punto exacto donde se encuentra el sujeto (p. 37). Hacia el final del capítulo, Rambeau ilumina la arqueología foucaultiana a partir del mismo movimiento ontológico de la subjetivación que la aproxima a Deleuze y a Lacan. Este punto aporta una lectura metafísica del autor de las *Palabras y las cosas* emparentada con la problemática del signo y de la disolución del sujeto en el campo de la visibilidad: “El sujeto foucaultiano está en «el interior del objeto», en tanto el objeto no es aquello que se posiciona delante de un sujeto, sino aquello que indica las prácticas históricas y positivas donde se forman los sujetos. En este sentido, el objeto no es una cosa, sino un signo” (p. 77).

El segundo capítulo, “Radicalización”, no trata de la operación ontológica que disuelve el sujeto en la inmanencia del objeto, sino del estudio de la subjetivación como operación política. Rambeau toma un punto de vista prioritariamente conceptual y vuelve a recorrer el corpus de los mismos autores para identificar las formas paradójales de la subjetivación política dentro del contexto posterior al mayo francés. En este contexto, la subjetividad, eternamente borrada de las esferas de la acción revolucionaria, irrumpe, o se radicaliza, en el seno de las luchas minoritarias que buscan emanciparse.

Si bien resulta sumamente interesante la relación que el libro permite establecer entre ontología y política por medio de la subjetivación como piedra angular, subsiste un problema en la forma en que la subjetivación es conceptualizada en cada capítulo. En el primer capítulo la material-

idad de la reflexión es dada por las fuentes textuales en cuestión que Rambeau se esfuerza en seguir de cerca. Es un debate teórico dentro del campo de la ontología que busca desplazar ciertos conceptos en función del problema de la disolución del sujeto en este plano. Pero en este segundo capítulo, el hecho de que el análisis de la subjetivación política tome como único material de reflexión el mismo corpus teórico manifiesta la ausencia de una interrogación sobre la urgencia que la problemática puede tener en un plano actual. Esto nos incita a preguntar: ¿se puede escribir un libro en torno a la subjetividad política volviendo sobre el material textual dado por los pensadores ilustres? ¿No sería preferible un acercamiento inmanente y crítico al acontecimiento? Sea como fuese, podemos considerar que esta elección sitúa al autor en una posición ciertamente distante frente a la urgencia política. Esto no tiene que ser entendido solamente como una distancia privativa, ya que puede aportar nuevos órdenes en el plano conceptual retomando una experiencia ya dada.

Asimismo, llama la atención el alejamiento del pensamiento lacaniano, que no aparece tratado directamente a lo largo del capítulo. A primera vista es cierto que Lacan es una figura menos política en este sentido que Deleuze y Foucault, pero en el contexto del libro esta ausencia no es menos sorprendente, sobre todo después del lugar central que juega en la ontología.

La radicalización de la subjetividad toma una dimensión paradójica o ambigua en términos políticos con respecto a su conceptualización en el plano ontológico. Si en el segundo tiene un valor eminentemente positivo, permitiendo la ruptura del orden predicativo y la manifestación de las intensidades perdidas en el orden de la representación, en el plano político la subjetiva-

ción nombra el *ethos* del capitalismo, tanto en la perspectiva de Foucault como en la de Deleuze y Guattari, al definirlo como una empresa internacional de producción de subjetividades. La paradoja gira en torno a la cuestión de cómo las minorías pueden arrebatarse la subjetivación al capitalismo y desligarla de la sujeción social en función de su emancipación. Parece difícil pensar una forma positiva de subjetivación política cuando «el devenir de las minorías» es concebido a partir de la intersección de la economía libidinal y resulta por tanto inseparable del doble proceso que caracteriza la inmanencia de la lógica capitalista: la desterritorialización y la reterritorialización de las relaciones de producción» (p. 86).

La figura de Mario Tronti es notablemente reivindicada como una de las principales fuentes de *Mil mesetas*. La filiación de *Obreros y capital* con la obra de Deleuze y Guattari aporta una mirada directa sobre las situaciones concretas que forzaron el estudio de la subjetividad dentro del pensamiento político posalthusseriano. Rambeau rinde tributo al pensador italiano como una de las figuras que supo subvertir el orden de prioridades en el estudio del capital y las prácticas de luchas revolucionarias. Cita para ello el editorial del primer número de *Classe operaia* de 1964: «Nosotros también tomamos primero en consideración el desarrollo capitalista, y sólo después las luchas obreras. Es un error. Hay que invertir el problema cambiando el signo para volver a comenzar desde el principio, y el principio es la lucha obrera» (p. 91). A la luz de esta cita, la frase de *Mil Mesetas* respecto al «derecho de plantear ellos mismos los problemas que les son propios» marca un cambio de perspectiva en la subjetivación política: el sujeto es prioritario dentro del esquema de lucha y no un mero efecto de la ideología.

El estudio de las líneas de fuga como fuerza que excede los límites del capital es puesto en el centro de los movimientos del devenir comunitario y en la subjetividad de grupo. Desde esta perspectiva, la subjetivación puede encontrar su producción positiva. Como ya hemos dicho, sorprende el veloz análisis del capítulo, que no toma en consideración movimientos concretos o actuales que puedan describir su articulación con la teoría. A esto se debe añadir que los trabajos que inspiran esta teoría, *El capital*, *Mil mesetas*, *La historia de la sexualidad* o los cursos correspondientes de Foucault en el *Collège de France*, abundan en casos concretos que ponen los conceptos sugeridos en el movimiento de la experiencia real.

En el tercer capítulo, titulado «Bifurcaciones», la subjetividad política desemboca en una aporía que obliga el pasaje hacia el paradigma ético-estético. Redefinida a partir del desplazamiento del sujeto a la subjetivación, la política misma pasa a estar condicionada por la subjetividad. Así, la cuestión se plantea en términos más éticos que políticos. A partir de este momento la cuestión central pasa por la pregunta sobre las condiciones de existencia y la relación entre vida y pensamiento que éstas pueden determinar.

El pensamiento más tardío de Foucault, conocido justamente como su giro ético, aparece como un momento inaugural de la subjetivación ética. Es allí donde se atreve a pensar un exceso en la omnipresencia de las relaciones de poder por medio de la subjetividad ética. Sin embargo, Rambeau no quita mérito político a esta conversión ética, que se pretende en última instancia profundamente política por su rechazo a la forma jerárquica de la estrategia occidental. Esta problemática se elabora a partir de los polémicos acontecimientos de la revolución iraní en relación a los que Foucault

tuvo una posición sumamente discutida por su propio entorno intelectual, incluso por Deleuze y Guattari: «Pero en el fondo, lo que es político en la subjetivación del pueblo iraní, tal como es descrita por Foucault, es todo lo que escapa a su racionalización en la forma occidental de la revolución política» (p. 125). Rambeau no duda en ir al fondo filosófico de tales acontecimientos para buscar nuevos conceptos a partir de esta experiencia, más allá de su destino trágico. Este momento muestra la irrupción de la subjetividad en la escena política por la vía de la espiritualidad religiosa, pero como interrupción del juego político entendido en términos estratégicos. Así, un elemento supuestamente reaccionario y tradicionalista como lo es el islam chiita puede volverse fuente de un proceso de subjetivación mediante su dimensión espiritual (p. 141). La subjetividad ética es presentada a partir de la revuelta del pueblo iraní como un elemento exterior que permite a Foucault pensar una salida a la omnipresencia de las relaciones de poder y al aplastamiento de las formas de subjetividad por los modos de sujeción social. La gran pregunta que recorre estas páginas, y que fue una de las cuestiones centrales del último Foucault, es saber si el *rapport à soi* puede jugar un rol político directo en la lucha contra los modos de sujeción social.

La piedra de toque para adentrarse en la problemática de la subjetividad ética viene del lado del estudio llevado por Foucault sobre la *parrêsia* cínica (traducido como *dire vrai*) durante su curso del año 1984 en el *Collège de France*, intitulado *El coraje de la verdad*. A través de ella, la relación consigo mismo es capaz de instaurar otra verdad que la del poder y efectuar una resistencia a la gobernabilidad mediante la subjetivación como retorno a sí. El cínico hace de su propia existencia, en su sentido

más material y más concreto, la presencia inmediata de la verdad, que sólo se manifiesta como experiencia y no como conocimiento. «El cínico manifiesta un poder de la verdad que no se ejerce según una jerarquía de saberes, un poder de la verdad despegado de la verdad del poder» (p. 172).

Rambeau encuentra una relación fundamental entre la *parrêsia* y la «creencia» en el hombre. El objetivo final de los insultos y escándalos cínicos es atacar directamente la lógica de la desconfianza que se tiende entre los hombres en el estado de derecho. La creencia es el concepto que opera el pasaje permitiendo el cruce apasionante entre las interpretaciones de Foucault y Deleuze a propósito de los cínicos, escindida por el rol del humor, fundamental en las interpretaciones del segundo, pero completamente ausente en el primero. La distinción a partir del humor no es sólo una cuestión de hermenéutica limitada a comparar la interpretación hecha por cada autor, sino que bifurca la concepción de la subjetivación ética entre Deleuze y Foucault, según la predominancia que cada uno da o no al inconsciente.

Si Foucault ignora la cuestión del humor es porque «cuando es problematizado como sujeto ético (el *éthos* siendo concebido como relación de sí a sí) el sujeto de la libertad se elabora esencialmente en formas de reflexión o de retorno sobre sí mismo que dejan de lado los modos de accionar involuntarios y los modos de pensar inconscientes» (p. 181). La exclusión del humor es condición de posibilidad de la elaboración de la hermenéutica de la inquietud de sí, donde el sujeto se produce a sí mismo en un retorno sobre sí (*maîtrise de soi*). Pero para Deleuze esta dimensión del humor en la práctica de los cínicos es un punto fundamental para situar en el seno de la subjetividad la actividad no reflexiva

e inconsciente del pensamiento, punto de encuentro con Lacan. "El sujeto no se produce en un retorno sobre sí, sino en un trayecto torcido, por la manera en que se descarrila, tropieza – por la forma en que se constituye en ese descarrilamiento y ese tropezar (...) Al contrario de Foucault, Deleuze subraya en *Lógica del sentido* precisamente el humor, la velocidad, el derrape – todos los aspectos de la *parrêsia* cínica que le dan su cualidad humorística– para pensar este punto de identidad enigmática entre vida y pensamiento, que constituye, según él, el corazón de una ética totalmente inmanente" (p. 181).

Quizás uno de los momentos de mayor interés conceptual se desarrolla hacia el final del libro en la restitución del elogio deleuziano de la perversión. Mucho menos estimada que la fractura del orden simbólico posterior al encuentro con Guattari, resulta una deriva original que permite pensar una modalidad de subjetivación dentro de un esquema general de desubjetivación, resultado de la ética del deseo sobre el sujeto. Así Deleuze reconoce en la perversión un proceso positivo de subjetivación irreductible a la regresión patológica del psicoanálisis freudiano. Rambeau se pregunta entonces "qué tipo de subjetivación está implicada en esta estructura de la perversión que es potencia de incertidumbre, de suspensión, de oscilación" (p. 214). La perversión para Deleuze funciona como una continuación conceptual de la figura de la subjetividad cínica, permitiendo incluir dentro de un mismo sistema los fenómenos heterogéneos que normalmente minarían la representación del sujeto.

Este movimiento también evoca un momento en que la crítica deleuziana al psicoanálisis "en sus formas más avanzadas" no implica una ruptura inconciliable con esta posición, como llegaría años más

tarde con el *Anti-Edipo*. Puntualmente se trata en este caso de un "estilo de deseo más allá de la lógica fálica, un anti-edipo perverso y no todavía esquizo, cuya fuerza subversiva surge de la expulsión del padre fuera del orden simbólico y no de la destrucción o del rechazo de todo orden simbólico" (p. 215).

A lo largo de las páginas, el autor demuestra un notable rigor en el conocimiento de los tres autores, lo que le permite hacer de la obra un original enlace de conceptos heterogéneos reagrupados en función de la problemática de la subjetivación que, no cabe dudas, se encuentra al orden del día, y cuyo estudio no compromete sólo a filósofos. Sin embargo, el tratamiento de la problemática se complica, como supimos anticipar líneas más arriba, debido al hermetismo del cuerpo citado que requiere un lector bien adentrado en el sofisticado aparato conceptual que Rambeau pone en relación a una velocidad galopante y que lo lleva a recorrer una multiplicidad de conceptos que puede resultar por momentos ciertamente desconcertante. Si la obra ofrece un marco teórico fuertemente elaborado para adentrarse en el problema de la subjetivación, queda como tarea del lector forzar el cruce fuera de las obras de Deleuze, Foucault y Lacan para pensar la actualidad de las nombradas segundas vidas del sujeto.